

Luces en la Bruma

Taller Literario Municipal de Monte

Exhausto por la infructuosa búsqueda de la chispa que alimentara su espíritu, se detuvo a descansar sobre un fresco lecho de hierba y, en el último suspiro, desprendió de su boca dos lunas de fuego que se elevaron hasta extinguirse en la bruma



Monte 24 de octubre de 2019

...Con Luces en la Bruma, continuamos con las acciones que tienden a que la cultura, en todas sus manifestaciones, llegue a todos los rincones de nuestro pueblo.

...Con Luces en la Bruma también fortalecemos la iniciativa de la descentralización cultural.

...Con Luces en la Bruma el potencial artístico de nuestra gente, cobra vida en una nueva edición, y resguardamos el sentimiento Montense para las generaciones futuras...

...Con Luces en la Bruma apostamos a la Cultura Digital de cara al futuro cercano.

...Luces en la Bruma, es un mimo al alma.

Prof. Alejandro Cortés
Director Cultura Educación y Patrimonio.

Dra. Sandra Mayol
Intendente Municipal Monte

En el marco de los 240 años de la fundación de Monte, el Taller Literario Municipal, dependiente de la Dirección de Cultura Educación y Patrimonio, ha sido convocado por el Director, Profesor Alejandro Cortes, para presentar y compartir en formato digital los cuentos y relatos “Luces en la Bruma”. Los textos de distintos géneros fueron escritos a partir de la imagen de una fotografía tomada una noche de bruma en la localidad Abbott, por la tallerista – escritora y estudiante de fotografía señora Andrea Krywoszyja. Deseando que disfruten de las producciones los invito a comenzar la lectura.

Margot Radici

Coordinadora Taller Literario Municipal de Monte

Amanece

El día de final de invierno, el olor a eucaliptus, las personas que más amaba en el mundo juntas en el mismo lugar. En días así, daba la sensación de que el sol había lanzado un hechizo y que nunca volvería a ser invierno.

De pronto, parada frente a la laguna, rodeada de silencio, observaba la libélula que revoloteaba entre los juncos soleados; ella se limitaba a volar de aquí para allá, disfrutando del sol en las alas.

En la parte menos profunda había una piedra oval, lisa como una moneda, ideal para que rebotara en el agua, la tomé y la arrojé sin levantar el brazo, satisfecha cuando botó sobre la superficie del agua, dejando ondas que se alejaban en todas direcciones y formaban un gran círculo alrededor del punto donde chocó.

De repente la laguna cobraba vida a través de los sonidos: el chapoteo del agua contra los postes a mis pies, las salpicaduras y las sacudidas de los patos que aterrizaban en la superficie, un zumbido abrumador detrás de todo, como cientos de motores en marcha a la vez, difícil de ubicar en un principio, pero al final comprendí, eran muchísimos insectos.

El aire que me rodeaba estaba lleno de cientos de pequeñas criaturas aladas. Un suspiro de satisfacción se escapó de entre mis labios, cuando comprendí que la brillante luz de este día soleado me daba el ánimo de un nuevo amanecer.

Miriam Vink

Anochecer

Por los abiertos ventanales de la casa entran las últimas luces del día, Marta comienza a encender los faroles de la galería, mientras huele el perfume de las flores de su jardín, observa los naranjos, las higueras, la presencia de su hija la saca de su ensueño, la invita a caminar.

Van cantando cruzando por los galpones, las caballerizas llegando al final de las arboledas se quedan mirando por largo rato sin hablar. Son días típicos de primavera, frescos por la mañana y por la noche. Emocionada Marta hace un comentario,

“esto es un alimento para nuestros ojos, es el anochecer de campo nebuloso más bello que haya visto” Entre el final del día y la llegada de la noche luces de otros puestos o de lo que te quieras imaginar.

“La luna y el sol se dieron cita para amarse”. El silencio del lugar es propicio para pensar, para soñar, se despiertan sentimientos adormecidos que acarician el alma. Sin duda es uno de los anocheceres más bellos.

IÑIGUEZ María Cecilia

Tierra Adentro

Cuando viajaba de niña por la ruta pensaba: “Qué sería de mi si estuviera allí sola, en una enorme porción de campo, entre los pastos verdes, allí donde no hay casas, ni vacas ni caballos. Qué pasaría si la noche con su negrura lo borrara todo, perdiendo los ojos el límite del cielo y el campo, devorando mi cuerpo. Tan solo las luces de los autos a lo lejos y unas estrellas enormes como platos”. La idea de adentrarme en el campo como si fuera el mar me aterraba y me atraía.

Cuando mis padres se detenían por algún motivo a mitad del viaje, la sensación de que el paisaje iba a absorberme era tan intensa que me negaba a bajar del auto.

Han pasado muchas cosas desde entonces. Las vicisitudes de la vida y mis decisiones me han llevado a vivir en una casa en el campo. Respiro hondo todas las mañanas, disfruto de contemplar los caballos. Pero no me deja en paz un pensamiento: cómo sería adentrarme en la pradera hasta ser un punto a lo lejos y la impresión de que esto va a suceder tarde o temprano.

El terreno de mi familia se termina y encuentro el alambre que lo separa del sembrado vecino. Paso por debajo lastimándome la espalda. Me quito los zapatos. Dejo caer el agua en mi cabeza, bebo un poco, camino durante horas, por nada del mundo me detendría. El cielo celeste me envuelve como un domo, los pájaros trinan, no veo mi casa ni la ruta. De pronto escucho un llanto, la voz de una nena pidiendo ayuda. Me digo que es el viento, que es efecto del cansancio y del calor. Pero sigo

avanzando hasta el corazón del prado cuando debiera volver porque el cielo se torna naranja y está anocheciendo.

En la base de un árbol de ramas largas y flexibles, encuentro una niña. Me resulta familiar, nace en mí el deseo de protegerla.

La veo mucho más vulnerable y triste de lo que me recuerdo a su edad. A una criatura así puedo entenderle todo, me digo, sintiéndome su madre. Ahora creo que quizás fui muy dura con mi propio recuerdo de cuando era pequeña.

La niña acepta rehacer el camino conmigo, toma mi mano con una sonrisa, parece aliviada. Afirmo que nadie debería ser malo con alguien como ella y que voy a protegerla. Cuando oscurece y no sé para dónde dirigirme, le propongo acostarnos bajo las estrellas en un sector de heno, rezar y dormirmos tomadas de la mano.

Me despiertan la luz de una linterna y el ladrido de un perro. Mi marido me ayuda a incorporarme, me siento débil físicamente pero fortalecida en el alma. Le pido que asista a la niña pero dice que estoy sola en el campo, que así me encontró y que en la cama de heno donde pasé la noche solo había espacio para una persona.

Gisele A. Joandet

Dos soles

Sentado sobre el pasto a unos cuantos metros del inicio del agua de una laguna estaba un joven con la mirada fija en todo, observando nada. Su mente estaba perdida en un sin fin de dudas y no encontraba forma de ayudarse a sí mismo. La joven con quien había decidido salir para despejarse se sentó a su lado tocándole el hombro, para luego apoyar su cabeza en este.

—¿Qué te está pasando? —preguntó ella.

Él se debatió, era complicado expresar sus dudas, y más a ella, aunque fuera la persona en quien más confiaba; quizá por eso mismo lo era.

Las dudas del joven eran sobre su habilidad para escribir, sus compañeros escritores habían demostrado tener un estilo mucho más bonito y eran capaces de crear bellas imágenes con sus palabras.

—¿Crees que debería ser capaz de crear bellas imágenes o hacer metáforas al escribir?— Fue la forma en que lo dijo.

—No necesariamente —respondió ella— puede serte útil, pero todo depende de qué quieres expresar, si la historia que quieres contar no necesita de estas metáforas, entonces no hay razón para usarlas.

Él creía que ella tenía razón en ello, aún así tenía dudas. ¿Qué pasaría si algún día de verdad necesitara usarlas? También estaba el hecho de que, por más que no las usara, quería ser capaz de hacerlo. Quería ser como aquellos otros artistas que podían expresar un anochecer como "el momento en que un ladrón roba los colores cálidos a los objetos".

—Además —ella siguió— que no puedas hacer eso no quiere decir que

no tengas otras cosas. Tenés una creatividad distinta, ellos podrán describir al sol de una forma metafórica, pero vos podés inventar un mundo con dos soles, por ejemplo.

Esas palabras abrieron su mente un poco, tenía razón, él tenía algo. Todos tienen algo, así que él también. Pero ¿Podía ser aún más?

—Es que —finalmente habló— quiero hacerlo. Quiero ser capaz de escribir esa clase de cosas y representar el mundo de diversas formas hermosas. Como decir que un amanecer representa un nuevo inicio.

—Entonces vas a ser capaz— dijo ella con una sonrisa— tu estilo ahora mismo es algo limitado pero eso es sólo porque es lo que te sirve de momento; cuando necesites o quieras algo más vas a conseguirlo con esfuerzo y dedicación, porque sos una persona muy capaz en este ámbito. Yo confío en vos.

Los labios de la muchacha se movieron una vez más pero él no terminó de escucharlos. Esas palabras le hicieron empezar a ver las cosas de una forma distinta. El reflejo solar sobre el cabello castaño de la joven era intenso, la luz en sus ojos lo cautivaba y su sonrisa hacía que sus dudas no se sintieran más. Finalmente fue capaz de escuchar las últimas palabras que ella había dicho —Tu estilo, es evolucionar—. El joven sonrió con los ojos humedecidos «¿Un mundo con dos soles, eh? Ese mundo, para mí, es este».

Rodrigo Burgos

Ellos dos

Él siempre prefirió el campo. Los espacios abiertos, el silencio solo interrumpido por el piar de los pájaros o el rumor del viento moviendo las hojas de los árboles. Quedarse observando esa maravilla que es la naturaleza sin los agravios que comete el hombre, asombrarse de la línea trazada con regla del horizonte donde se confunde cielo y tierra, ser testigo del despojo del invierno y el renacer de cada primavera.

En su larga vida había recorrido ciudades inmensas también, pero tanta sombra de altos edificios volcada hacía las calles, oscureciendo la luz natural le producían tristeza. Por eso él era feliz en el campo, allí podía desarrollar todo su potencial, pero últimamente tenía un problema.

Su hijo, era rebelde, mucho más que la mayoría de los jóvenes, no se ajustaba a ninguna norma establecida, o por él establecida. Todo era contradicción y peleas. A veces se preguntaba porque se le había ocurrido tener ese hijo que no cumplía sus expectativas. Pero enseguida se reponía y sabía que había sido casi imposible su existencia y que tenía que estar agradecido y feliz por ser su padre. Ese atardecer en particular, la luz naranja teñía el cielo a medida que la noche iba llegando, y él le había advertido a su hijo que no saliera. Como tenía por costumbre el hijo no le hizo caso y allí estaba. El hijo estaba creciendo y su curiosidad por ver mundo era inmensa y quería lograrlo a toda costa. El padre y la madre estaban separados, eran el agua y el aceite, muy distintos y sus actividades no coincidían para nada, esa sola unión por la cual concibieron ese hijo fue fortuita, ninguno de los dos pensó en las consecuencias, a él le gustaba la claridad del día y a ella la noche. Una

vez se encontraron y surgió un chispazo, fuegos artificiales anaranjados y plateados los envolvieron y estalló con potencia un amor tan sublime como imposible. El hijo nació de noche, parecido al padre, un ser de fuego y firmeza que bullía en una caldera de oro fundido y se atemperaba con la plácida calma de la madre. Pero volvamos a ese atardecer. El padre había prohibido al hijo que saliera. El mundo no estaba preparado para verlo. El hijo no hizo caso. Y allí estaban, peleando, enojados luchando para exponer cada uno sus razones. El padre suspiró y admiró ese árbol que con su tronco semejaba una letra U, aspiró el aire puro del atardecer y jugó con las luces y sombras imaginando huecos y figuras que no eran reales. El hijo saltaba de un lado al otro, contento, esperando que la furia paterna decreciera. Y allí, en medio de la nada, en ese paisaje despojado había una chica, parada en medio del campo, mirándolos azorada, sus grandes ojos verdes fijos en ellos. Quieta, muy quieta, se fue moviendo despacio, y de pronto entró en acción, tiró al piso en forma violenta la mochila que llevaba, se agachó y revolvió dentro de ella. Padre e hijo inmóviles también la miraron aterrados, consternados sin saber que hacer. Ella sacó una cámara fotográfica y apuntó hacia ellos como quien apunta con una pistola de fuego, se llevó el aparato hacia sus ojos y con un aleteo de mariposa de sus manos apretó el dispositivo. El ruido de metales cayendo retumbó en el silencio a la vez que una explosión de luz reventó en la oscuridad. Ellos quisieron esconderse detrás de algo que sobresalía de la tierra, era como un pico de alguna cosa, quizá un trozo de chapa a medio enterrar o un arbusto, no se veía bien y no había niebla ni nubes ni casas para esconderse. Fue imposible desaparecer. Esa chica fue para ellos como un disparador de una nueva era. Porque a partir de ese anochecer, la humanidad se enteró que no había uno solo, sino dos soles en el universo.

CAVALLERO Susana María

Incertidumbre

El sol se ha recostado sobre los campos de trigo y la noche brumosa me envuelve con su manto impiadoso mientras espero en el andén de mi pequeño pueblo. El solo hecho de pensar en el futuro incierto me hace estremecer, como hacer para dejar todo atrás, mi niñez pueblerina, la ida a la escuela a caballo, mi mamá trenzándome el cabello, las mañanas con la hierba helada en invierno y el mar azulado que la cubría cuando florecía el lino, recuerdo la voz de mi abuela entonando antiguas canciones de su lejano terruño. Ahora ya he tomado la decisión, debo irme, el pueblo sigue siendo pueblo, solo eso, un entramado de calles de tierra que terminan en la estación, las comadres sentadas en la vereda cuchicheando y los hombres rudos y parcos juzgando solo con sus penetrantes miradas, no hace falta que hablen, ya sé lo que piensan, lapidaron a mi madre por el solo hecho de haberme tenido sin un hombre al lado, y a mi abuela por haberla recibido en su hogar, no quiero la misma suerte para mí, no quiero miradas acusadoras ni cuchicheos a mis espaldas por amar, a quién según ellos, no debo. Las luces del tren tratan de romper la densa niebla como si fuesen cuchillos, el tren se aproxima, me adentro en la niebla donde todo se vuelve incierto, cambiante, las pocas certezas se disipan y dan paso a la desesperación de lo desconocido. Atrás quedan los recuerdos y las pocas líneas de despedida para mi amada, atrás dejo la chatura del mundo, mi mundo, que nunca extrañará mi ausencia.

Irma Andrade

Lamento de un paisano pobre

Hay un inmenso árbol sobre mí. Su tronco se bifurca a mitad de camino hacia el cielo y se pierde entre la bruma de un atardecer muy frío. Los yuyos que nos acompañan solo saben de vientos de llanura y luces malas. El suelo apergaminado cuenta una historia de caballadas y carretas hinchidas contra el pampero, avanzando en lo inhóspito del camino y del tiempo. Otros tiempos, de lejanías y ausencias necesarias por trabajo, por huidas, por mudanzas, donde se dejaba atrás un rancho medio caído en el centro de una pampa verdeante, un aljibe casi seco, algunos trapos descoloridos colgados en las ventanas y a alguien como yo, un muerto mal enterrado. Hace mucho tiempo supe ser un buen puestero, mandado para el conchabo y de pibe fui resero. Me tragué el polvo de este campo arriba de un potro y ahora lo trago debajo de un árbol. Tuve rancho, ese rancho caído a metros del montecito, que pinté a la cal y ahora luce grisáceo como mis huesos, y adentro del rancho hubo una mujer y un angelito que nos dejó una noche de tormenta llevado en ancas de unas fiebres ladinas. Y la mujer, bueno, la mujer es otra historia. Un entrevero con un vecino la dejó en un catre ajeno donde la encontré desnuda para perderla vestida con sus mejores galas y una pala en la mano, allí se despidió de mí para siempre. Ella se fue en una carreta que partió hacia otro lugar esperando olvidar lo que dejó acá: un niño muy blanco con un vestidito azul metido en un cajoncito, con una montañita de tierra y encima una cruz de palo. No muy lejos de la pequeña tumba dejó una plantita raquítica que con los años fue creciendo y ahora tiene un grueso tronco partido en dos, en uno corre la savia y en el otro corro yo.

Susana Andrade

Los ojos del universo

Es verano el pequeño lago resplandece tranquilo, sus aguas calmas permiten navegar y pescar, los hombres del pueblo aprovechan los fines de semana para hacerlo, las mujeres con los niños los esperan en la orilla cuidándolos, todos se divierten y salen de las rutinas de la semana. Elena ama esos paseos y los disfruta jugando y compartiendo con su familia, a quien quiere profundamente. El tiempo va pasando Elena termina sus estudios, desea quedarse en su pueblo y hacer la carrera docente, pero sus padres aspiran que vaya a la universidad y ella termina accediendo. Elige la carrera de medicina, ya está en segundo año y no termina de adaptarse a esa vida sin su familia y ese estilo de existencia. Un día su madre la llamó angustiada, su padre estaba internado muy grave, los médicos hablaron de un transplante; entre los muchos estudios que les realizaron hubo un adn que indicó que Elena no era hija biológica de sus padres. Y allí el mundo estalló, se enredó, ya no supo que pensar ni como seguir, quedó envuelta en el por que del engaño, no podía entender la realidad, era como excluirse de su propia vida. Los reproches se sucedieron, la tristeza recaló en cada uno y se adueñó de ella. Una espesa niebla cubre el camino, el sol apenas visible ensaya disiparla sin conseguirlo. Un frío intenso se siente en esa típica madrugada de invierno, los pájaros con sus cantos tibios anuncian el amanecer. Elena camina lentamente sin destino alguno, perdida en sus pensamientos, aún resuenan en sus oídos los demonios que la acechan, siente que ya no puede vivir con sus padres, que todo en su vida se ha derrumbado, su pena es tan intensa que no puede perdonar. Tal vez cuando pase el tiempo y los ojos del universo la guíen, logre encontrar en la nostalgia de una niña herida, su resignación.

Semillas de dragón

Exhausto por la infructuosa búsqueda de la chispa que alimentara su espíritu, se detuvo a descansar sobre un fresco lecho de hierba y, en el último suspiro, desprendió de su boca dos lunas de fuego que se elevaron hasta extinguirse en la bruma. Clavó las garras en la tierra y a partir de ese mismo instante, el guardián de los sueños y fantasías, reposó como un fatigado árbol enraizado en la quietud del bosque. La criatura, que alguna vez se había encarnado en un temerario dragón, permaneció milenios en estado de reposo. Su cuerpo, latente. Su espíritu, en espera. Una tarde sintió que una calidez lo recorría por dentro, como una energía que brotaba desde sus raíces. Eran el calor y fuerza que le transmitía León, un niño que lo había escogido como rincón predilecto para devorar libros, jugar y tomar siestas. Cuando León se sumergía en una historia o fantasía onírica, la savia del árbol corría con vigor por las ya resplandecientes y brotadas ramas de su cuerpo de aroma; y cada tarde, una lluvia de perfumados soles provocaban una delicada caricia sobre el rostro del niño y lo conducían a un apacible descanso. Los atardeceres transcurrían armoniosos entre árbol dragón y niño León. El pequeño, finalmente había hallado su propio espacio, mientras que la criatura, con porte de aroma y espíritu de animal, iba recobrando, gracias a los sueños más puros e inspirados de su fiel amigo, la fuerza que finalmente le permitiría continuar su camino. Aquella tarde el cielo parecía prepararse para un trascendental evento: se vistió de gris y, con ayuda del viento, avivó la rústica calle devenida en polvera. La ansiedad ante el inminente acontecimiento despertaba vendavales de suspiros que desordenaban con fuerzas las hojas de los árboles, y en ese rumor del follaje, se corría la noticia de que había que prepararse para el encuentro con la tormenta.

León no se sintió intimidado por el clima y fue a disfrutar de la compañía de su amigo. En su habitual siesta tuvo una imagen agridulce: soñó que su compañero partía y que en su despedida le decía: “Debo marcharme, pero dejo mi recuerdo en tus manos”. Despertó tras el llamado de su madre, que lo buscaba preocupada luego de haber visto que se avecinaba una gran tormenta. Fue a su encuentro, todavía un poco aturdido por el sueño y por los rayos que dibujaban impredecibles senderos en el cielo, no sin antes abrazar con ternura a su amigo. Aquella noche el temporal fue feroz. Volaron techos de galpones y casas, los árboles se sacudieron, las ramas se agitaron desesperadas, como intentando sujetarse, en vano, de las oscuras y espesas nubes. Fue en aquel confuso escenario de tormenta que el dragón vigoroso y nutrido de ilusión halló la excusa perfecta para partir sin levantar sospechas; se elevó y voló a su reino de fantasía. A la mañana siguiente, los padres del niño le relataron angustiados que su compañero de cada tarde se había desprendido tras el paso del viento huracanado. León rugió como nunca y se desarmó en su llanto, pero luego de unos instantes, recordó aquel sueño a los pies del aramo. Abrió su palma y esta vez las lágrimas brotaron de felicidad: tenía un puñado de semillas en su mano. Comprendió entonces, que el aramo ya no lo acompañaría en juegos ni cobijaría en sueños, pero que aún así, su amistad no sólo descansaría en el recuerdo, sino que además sería capaz de brotar como un frondoso bosque.

Andrea Verónica Krywoszyja

Ternura

Corre el año 2046. Todo habitante útil se ha ido. Sólo quedan los sin nada. Los despojados. Después del desarrollo de la ciudad colgante del asteroide cazado en 2020 que gira en la órbita terrestre, todo se desencadenó con una celeridad asombrosa. Las corporaciones han desarrollado nuevos sistemas de ciudades y gobiernos. Cada potencia creó y fabricó su propio lugar, girando como racimos desperdigados alrededor del planeta. Los animales comunes fueron obsoletos, crearon nuevos tipos de alimentos. Los vegetales fueron sintetizados y dependiendo de las proteínas es el color que se les destina, como en otros tiempos fueran aquellas lentejas de chocolate que se derretían suaves y cálidos en la boca. Nos quedamos, vos y yo, por la antigüedad de los afectos. Yo por no abandonarte y vos por amor. Como un océano de tiempo golpea en mí el recuerdo de otro mundo, así cual las olas roen en las rocas. Sin embargo el puro algodón de tu pelambre me cobija de ternura infinita y tu lealtad le dice a la mía que no es en vano el amor que nos tenemos. Como una gran fogata el brillo de tus ojos me encandeca igual que los soles del planeta, que parece nos miraran esta noche detrás de la niebla evanescente. El tronco del ligustro sostiene mi cabeza como tibio almohadón de plumas, en el último ocaso del aliento. Solo queda tiempo para una sonrisa, lo lamento, no puedo llevarte en este viaje mi amigo. Se arremolina tu mullida piel que aturde mis yemas enredadas con cariño, sin palabras me despido. Quien sabe en qué mundo nos volvamos a ver o si no nos veremos nunca.

Me estremezco, te acurrucas, me olfateas y como beso de esquimal res-
triegas tu nariz en la mía y me despiertas.

MALLA-06-08-2019.

Cuestión de horarios...

-¡Hola! – Dijo el gendarme, asomado en la puerta entreabierta

– Hoy tengo ganas de terminar bien la ronda. La mujer esbozó una tenue sonrisa y con uno de esos sugestivos gestos femeninos que la miseria y el castigo aún no le habían quitado, se soltó el cabello. – Facundito, hijo, deja de jugar con el perro y anda a buscar a Mario – le indicó al niño, de unos ocho años – Seguro está en el boliche – se inclinó para abrazar al pequeño – Vidita mía, sabés que te quiero mucho. – El niño salió corriendo sin mirar al hombre, que hablaba confirmando que Mario estaba en el bar, bebiendo – Yo vengo de ahí.-Mario salió de El Cortijo pasadas las seis de la tarde, trastabillando entre las sillas y mesas del viejo bar, negando a gritos los argumentos del encargado que lo estaba echando

– Regresá a tu casa ahora, amigo, que estás muy cargado...

- Afuera el aire fresco y húmedo apenas si lo despabiló un poco para permitirle apreciar la densa niebla

– Que lo parió, no se ve a diez metros – murmuró en voz baja, y mientras dudaba si caminaba o se tiraba a dormir en un banco que siempre estaba en la vereda del bar, avanzó con pasos vacilantes rumbo a su rancho.

Tenés que irte ya, Leonardo – dijo la mujer – son más de las seis, está por regresar Mario – El aludido, mientras se vestía, tiró algunos billetes sobre la mesa de luz

– No necesitás hacer eso, sabés que no tenés que hacerlo, vos sabés – reiteró la mujer – que no estoy con vos por la plata; yo...yo te quiero

– Dejá de decir zonceras. Eso te hace falta, tu hombre se gasta todo en el boliche – Pero vos podés hacer algo. ¿No? Sos un policía... podés hacer

algo, me entiendes...? ¿No? El hombre la miró asombrado -- ¿Qué me estas tratando de decir? Estás loca Micaela; callate y tomá esa plata – Leonardo salió dando un portazo. En el crepúsculo invernal, el sol se estaba ocultando y un tono rojizo lo teñía todo, la niebla ya había cubierto con su manto la escena. Mario apenas si podía distinguir la difusa claridad de la única columna de alumbrado, ya encendida previendo el anochecer, el resto pronto sería solo una negra boca en la calle de tierra que conducía a su rancho. Ese día había llovido y razonó pese al alcohol consumido, que los baches de la calle serían oscuros pozos de agua y barro que convenía evitar. Al llegar al cruce a nivel de la línea férrea, decidió que el mejor camino sería ir por las vías, allí no habría charcos y siempre tendría como guía la luz del alumbrado y, por algunos minutos, el bronceado reflejo de los rieles. Él no lo había escuchado porque estaba en el bar, con música y bebiendo, pero eran más de las seis de la tarde, y se convenció de que, a esa hora, el tren ya había pasado. Luego de algunos minutos mirando consternada la puerta, Micaela, con movimientos nerviosos y respirando agitada, abrió el cajoncito de la cómoda y sacó el muñequito de goma espuma y tela que le había dado la vieja Clorinda, hizo un esfuerzo en recordar las indicaciones de la curandera y acostó el muñequito entre las cuatro velas. Casi al mismo tiempo que Mario descargaba sobre los durmientes sus excesos y veía atónito aparecer en la curva de las vías una segunda luz, que lo sorprende creciendo vertiginosa y amenazante como un bólido, agigantando en la pantalla de la densa bruma la sombra del pequeño arlequín que se acercaba brincando entre riel y riel, Micaela clavaba la aguja en el pecho del muñeco maldecido y el tren pitaba su llegada fuera de hora, atrasado por la niebla.

--00--

Jorge Omar Garro, San Miguel del Monte (BA), agosto 8 de 2019.

Majestuoso

Me embarga el esplendor de la naturaleza, que permanece incólume a través del tiempo ¡Me siento tan pequeña a los pies de este árbol!... donde a la sombra de sus brazos que se elevan majestuosamente, mi mirada se pierde en el infinito de su altura. El cielo se deshace en rayos de oro,* el murmullo de sus hojas me acunan, y escucho una hermosa melodía...Toco el cielo con las manos!... Estoy en sus puertas, mi corazón se detiene en su desbocado palpitar, mis ojos se cierran... ¿Qué está sucediendo? Oigo flotando en olas de armonía, rumor de besos y batir de alas,* los acordes... ¿Que es esto?... Acaso el final de lo que llamamos vida? Una luz celestial en el camino, me atrapa, me encandila, y voy hacia ella, mi cuerpo no existe...

**metáforas de Gustavo Adolfo Bécquer*

Myriam M. de O’Gorman 13/08/2019

Llama los ángeles con el corazón, ellos vienen

Jamás pude superar el accidente en la Curva de los Eucaliptos.

Intenté rehacer mi vida, no pude. Todo intento fue inútil. Mi corazón se desgarraba día a día, ¿Por qué tomé esas copas? Si ella me lo advirtió, y la neblina, esa maldita neblina. Torturado por el recuerdo vacié botellas y llené ceniceros, todo fue inútil. La culpa me perseguía como un mastín implacable lacerando mi cuerpo, quebrantando mi voluntad, torturando mi mente. Dejé de creer en Dios y menos aceptaba la resignación.

Exactamente en el mismo lugar, la Curva de los Eucaliptos, una noche de invierno con neblina decidí cortar el delgado hilo que me separaba de ellas, mientras mi mano temblorosa se deslizaba hacia el revólver, no sé por qué recordé la frase que de niño me enseñaba mi abuela. “Si llamas a los ángeles con todo tu amor, los ángeles vienen”. De pronto en el lugar esas dos luces, una más pequeña que la otra y esa sensación de paz. De la más pequeña se sintió una voz de niña. -Te queremos papá, no lo hagas-. Luego otra voz que bien conocía. –Ambas te amamos, siempre estaremos contigo, vive sin culpa, hazlo por nosotras-, y desaparecieron. Lloré sin parar, copiosamente, como si en ese torrente de lágrimas se fuese diluyendo mi dolor. Luego de muchos años sonreí, luego de muchos años di gracias a Dios.

Rodolfo Balsamello

Abducción en Abbott

Emerenciano Barrientos garabateó algunas palabras más en su desvencijado cuaderno. Y prestó atención a los ecos de la noche...

Un viento estruendoso como disparos de escopeta se estrellaba sobre el borde de la inundación. Al otro lado de la ventana, el agua ya llegaba casi hasta la casa, sin embargo no lograba ese rumor, ahogar el zumbido sordo y denso que Emerenciano oía (como cada noche en las últimas semanas) por encima de la humedad del fango, ese barro inmundo donde se ahogaba el ganado. Era un ruido que se había instalado con un peso de sombras, alrededor de la casa. Intentó convencerse de que eran imaginaciones suyas, trató de concentrarse en la vieja película de John Wayne que miraba en blanco y negro, pero había bajado el volumen y casi no la oía. Además, estaba concentrado en aquello tan extraño.

Concentrado y asustado Las tres de la mañana, noche sin luna, niebla densa y penetrante. Se apagó el televisor, la tenue lamparita parpadeó y su luz terminó de extinguirse. Oscuridad total. De pronto una fluorescencia cegadora llenó el espacio. Emerenciano cerró fuertemente los ojos para defenderse, pero ¿de qué? Y fue cuando el rayo de luz atravesó su cráneo y quedó inmóvil. Y gritó y gritó, pero ningún sonido salió de su garganta ni tampoco se le movió un músculo. Y entonces, unas pisadas leves se detuvieron junto a la puerta. Emerenciano se ahogaba y un terror intenso cruzaba su cuerpo en dolorosas oleadas. Sabía que iban por él. Ahora recordaba: ya habían venido antes, ya se lo habían llevado y borrado luego sus recuerdos, ya habían usado sus metales (o lo que fuera) para invadir su cuerpo y su mente. Ahora que lo recordaba, no podía moverse, igual que las otras veces, aunque en aquel tiempo era un niño y de última, cuando algún recuerdo intentaba asomar a su memoria, pensaba que había sido sólo un sueño.

Y en aquel momento los vió. Eran los mismos, aquellos que siempre habían bajado de las luces, pero que él había olvidado y su terror caló

más hondo, arrastrándolo poco a poco, hacia el cobijo de la inconsciencia. Y la oscuridad más absoluta lo liberó del miedo, bloqueando de su mente lo que iba a suceder. Y sintió el inconmensurable alivio de descender hacia el olvido...

Y ellos estaban allí. Con sus luces escabrosas en las noches de niebla, nunca se habían ido, pensando en cómo los humanos (primitivas criaturas) se dejaban dominar más por emociones que por lógica. No se habían ido, sólo estaban esperando a que murieran los sonidos de un silencio que nadie en Abbott lograba oír...ni tampoco recordar, hasta que una hermosa joven rubia lo captó (sin saberlo) en una fotografía. Pero eso sería medio siglo después y ella, la próxima protagonista...

Cristina Vazconcelo Andrade

“Cosas que pasan”

Hace muchos años llegó a la casa de campo, una mañana casi al despertar el alba, sabiendo que la costumbre, es levantarse temprano, matear un rato y ,tal vez ,conversando con alguien.

Empezaron a torear los perros, Don José dijo....

-Debe ser un desconocido. Se puso la boina. Atravesando el campo, fue abrir la tranquera.

-Buen día muchacho.

-Buen día patrón, me dijeron en el pueblo que necesitaban un peón, para esquilar, también se alambrar, manejo tractor y también se sembrar.

Estoy a su disposición...pà lo que guste mandar.

-Pasá muchacho, estaba tomando unos mates.

Y así empezaron a charlar, don José, paisano avezado en las tareas del campo, (la mañana pintaba linda y con sol) él entró a preguntar.

-¿Qué te parece muchacho, parece caballo overo?

-Si usted lo dice patrón.

-No, opinaba nomas, como te vi llegar en un caballo overo. El muchacho se sonrió y bajó la cabeza.

-¿Fuiste a la escuela?

-Si señor

- ¿Pero entraste, o pasaste por la tranquera?

El muchacho levantándose de hombros dibujo una mueca y sonrió.

A Don José le cayó muy bien y dijo -Bueno, en el galpón de la esquila hay una pieza, te podés quedar allí ¿Estás conforme?.

-Si- contestó- mi gloria es vivir libre como los pajaros en el cielo, “así soy yo.”

Ya rumbeando para el galpón, se cruzó con una morena de trenzas largas y pollera zaraza.

-Buen día, dijo el muchacho. Ella no contestó, y caminando unos pasos

le dijo....

-Soy la hija del patrón

-Mi mayor de los respeto señorita....

Fueron pasando los años , llegaron a ser muy amigos , a veces ella le alcanzaba algunos mates , mientras él hacía trabajos importantes ,con la hacienda vacuna , el caballaje y sembrar cuadros de pasturas perennes para los animales .

El campo estaba en sus mejores tiempos, cada cosecha dejaba de ganancias maquinarias nuevas .

Con el correr del tiempo, el bichito del amor se despertó entre ellos, y al poco tiempo nomás tuvieron su primer hijo varón. Las cosas fueron empeorando, primero la sequía, después la inundación, los achaques del abuelo, que ya solo andaba con un bastón.

Vinieron años muy malos y por más que se esforzaron, la hambruna entró. En aquella noche tan oscura, con bastante niebla y sin luna, era más cruel la vida en el campo. De repente se escucharon ruidos y dos luces por el campo, que venían para el lado de la casa. Don José tomó su escopeta y empezó a tirar.....¡ABUELO!....¡ABUELO....no tire más, somos nosotros! , esta noche salimos a peludear....

El abuelo llorando pegó la vuelta y entró a balbucear...

Debe trabajar el hombre

Para ganarse su pan

Pues la miseria y su afán

de perseguir de mil modos

llama en la puerta de todos

y entra en la del haragán.

